

## 1. LUGAR DE AUTOR

---

# Juan de Castellanos cuatro siglos después

WILLIAM OSPINA

Yo diría que en los últimos diez siglos no hay un acontecimiento más importante para la historia de la humanidad que lo que se ha dado en llamar la conquista del continente americano. No sólo por su enormidad física, por la cantidad de seres humanos, de culturas humanas que participaron de ella, sino porque supuso el encuentro por primera vez de dos partes del mundo que nunca habían tenido noticia una de otra.

Siempre oímos hablar de la cara oculta de la luna. La luna gira alrededor de nuestro planeta mostrándole siempre una misma cara, y hay otra que está siempre escondida a nuestra vista y al escrutinio de los telescopios. Más asombroso es pensar que hasta hace apenas cinco siglos había una cara oculta de la tierra. El Viejo Mundo no había tenido noción de que existía una región desconocida del planeta. Cinco siglos son muy poco tiempo para un planeta y una humanidad tan antiguos. El hallazgo del continente americano es un hecho de proporciones inauditas, y es aún breve el tiempo transcurrido para que alcancemos a captar plenamente la importancia del hecho.

Suele repetirse que le preguntaron a Deng Xiao Ping si pensaba que el Descubrimiento y la Conquista de América eran hechos de gran importancia para el futuro y él contestó: “A mí me parece prematuro dar una respuesta sobre esto”. Le pareció que sería apresurarse mucho decir si esto iba a tener mucha importan-

cia para la historia de la humanidad, porque esa cultura milenaria es capaz de arrojar una mirada de más largo plazo sobre los ciclos de la historia.

Un hecho importante es que al avance casi siempre espantoso de los conquistadores lo siguió muy de cerca el avance asombrado de los cronistas. Un género literario fundó a América, y es el género de la crónica. Hubo una legión de cronistas contando todo lo que veían, lo que descubrían, y allí se dio un doble fenómeno: aunque todos trataban de ver el Nuevo Mundo, las realidades inauditas y las cosas desconocidas, la España descubridora y conquistadora emergía apenas de la larga noche de la Edad Media, y esos aventureros traían la mente llena de leyendas.

Ariosto dice, en el *Orlando Furioso*, que todo lo que se pierde en la tierra aparece en la luna. Orlando, el mismo Rolando de la *Chanson de Roland*, el mismo Roldán de los romances, ha perdido la razón. Y en el poema se preguntan dónde ir a buscar la razón perdida de Orlando. Bueno: si todo lo que se pierde en la tierra aparece en la luna, es a la luna adonde hay que ir a buscarla. Un caballero monta un hipogrifo, una bestia alada, vuela hasta la luna, y allí encuentra, entre todas las cosas que se han perdido en la tierra, que son innumerables, entre las plumas y las llaves y todo lo que perdemos sin cesar cada día, el hombre del hipogrifo encuentra la razón perdida de Orlando, entre las de tantos otros que habían perdido la razón. Estaban almacenadas en grandes ampollas de cristal, una suerte de líquidos turbios; identificó exactamente la ampolla que buscaba, la trajo de regreso, y fue así como Orlando recuperó la razón.

Esa fábula puede ser comparada con algo que ocurrió en los tiempos de la Conquista de América, y es que curiosamente los europeos buscaban aquí todo lo que habían perdido en Europa, todas las viejas leyendas de Europa. Las buscaban y a veces las encontraban: gigantes, enanos, sirenas, endriagos, duendes, Amazonas por supuesto. Ese mundo europeo venía de la edad de las fábulas, y su avance por la tierra americana estuvo lleno de la búsqueda de esas maravillas.

La búsqueda, por ejemplo, de las grandes ciudades de oro. Los alquimistas habían llenado sus desvelos a través de la Edad Media buscando la fórmula para convertirlo todo en oro, buscando la piedra filosofal y, de repente, con la irrupción de América al paso de las embarcaciones, pareció cumplirse ese sueño de los alquimistas porque este era un mundo lleno de oro. Viendo ejércitos enteros

coronados de oro, algunos cronistas llegaron a decir que en ellos cada soldado parecía un rey. Ejércitos compuestos sólo de reyes eran uno de los espectáculos que vieron los conquistadores en su avance por las tierras recién descubiertas.

Uno de los primeros cronistas fue Gonzalo Fernández de Oviedo. Pocas personas merecerían como Oviedo una novela, porque fue escogido por el destino para ser el testigo privilegiado de todos los grandes acontecimientos de su época. Cuando tenía diez o doce años, siendo paje del príncipe Juan de Castilla, le tocó ver desde el lomo de un caballo la caída de Granada, la retirada de los sultanes moros, su fuga entre lágrimas hacia las arenas de África y la caída de Granada en manos de los Reyes Católicos. Ese mismo año fue testigo en Barcelona de la llegada de Colón con la noticia del reino descubierto, todavía no se sabía que era un mundo, pero lo vio llegar con sus tributos, pájaros de colores, vegetales, hombres desnudos del color del cobre venidos del otro lado del mar, un cortejo extrañísimo que recorrió buena parte de la península buscando a los reyes en Barcelona. Después murió el príncipe Juan de Castilla, Oviedo perdió su cargo y partió para Italia, donde formó parte de la corte del rey don Fradique. Después vivió en la corte de Ludovico Sforza, donde conoció a Leonardo Da Vinci, a Andrea Mantegna, y a otros grandes artistas de aquel tiempo. En Ferrara conoció a un hombre que sería muy importante para el Renacimiento: Pietro Bembo. Hijo del noble veneciano que restauró la tumba de Dante y que se aplicó a proteger la memoria de los grandes poetas italianos, Bembo había sido amante de Lucrecia, la hija de Rodrigo Borja, exaltado al papado con el nombre de Alejandro VI.

Gran humanista, gran lector y buen poeta, Bembo pasó a la historia sobre todo como el vocero de una tendencia que se abría camino en la Italia de entonces: la voluntad de contar los grandes hechos del presente no ya en la lengua ilustre, en el latín de los clérigos, los eruditos y los grandes profesores sino en la lengua vulgar, que se hablaba en los mercados y en las cocinas. Lo que había hecho un par de siglos atrás Dante, al contar su viaje místico y maravilloso por el infierno, el purgatorio y el paraíso no en el latín de los letrados sino en el dialecto del pueblo; lo que había hecho Petrarca cantando su amor por Laura en la lengua vulgar. Y Bembo convirtió esas aventuras en una propuesta: argumentó con elocuencia que la nueva edad del mundo tenía que narrarse y cantarse en la

lengua que hablaba la gente y no en la lengua predicaban los pontífices.

Pues bien, ese magisterio de Bembo tuvo una influencia muy grande sobre su amigo Gonzalo Fernández de Oviedo. Porque poco después de haber conocido los reinos de Italia y sus grandes personajes, Oviedo se embarcó con Pedrarias Dávila en la primera gran expedición que fletó la corona cuando Balboa descubrió el Océano Pacífico, y llegó a Castilla de Oro, en el istmo de Panamá, como inspector de minas y de crímenes. Ese era su curioso cargo. Gonzalo Fernández de Oviedo, Inspector de minas y de crímenes, fue testigo también de los acontecimientos de Panamá, de la muerte de Balboa a manos de Francisco Pizarro, Espinosa y Pedrarias Dávila, a quienes Balboa creía sus amigos. Oviedo se estableció en el Golfo de Urabá, en Santa María la antigua del Darién, y allí, en una casa blanca junto a un cultivo de limoneros, inventó la primera y acaso la única novela de Caballería que se escribió en América, “la historia del famoso caballero Claribalte”.

Pronto comprendió que debía contar todo lo que se estaba descubriendo. Ese mundo nuevo era de verdad desconocido: animales, plantas, pueblos nativos, costumbres, climas: esos truenos aterradores de Urabá, las lluvias interminables en la vecindad de los dos océanos, todo ese mundo maravilloso Oviedo fue el primero que trató de historiarlo y perpetuarlo en sus crónicas, y además fue maestro de los cronistas que vinieron después, porque Oviedo había llegado temprano, esta historia que cuento es de veinte años después del descubrimiento.

Santa María la antigua del Darién estaba en su esplendor en el año 15 pero poco duró después de eso. Oviedo estuvo en el Darién, después fue regidor en Cartagena y finalmente llegó a Santo Domingo donde una alta estatua suya preside la fortaleza todavía intacta, aunque ya solo abierta a la curiosidad de los viajeros. Y Oviedo dedicó su tiempo desde entonces a hacer la crónica de todos esos hechos del mundo físico que estaban presenciando y padeciendo los aventureros, y fue el maestro de todos los cronistas posteriores. A imitación suya muchos otros trataron de hacer crónicas. La lista de esos autores es larga y meritosa, y sobre uno de ellos me propongo hacer aquí un breve recuento.

Juan de Castellanos nació en Alanís de Andalucía en 1522, fue educado por un cura, Miguel de Heredia, en Sevilla, quien lo prohijó, lo tomó como su pupilo y le enseñó gramática, latín, oratoria, preceptiva literaria, las cosas que un letra-

do podía enseñarle a un joven de esos tiempos. Pero la educación que Castellanos recibió durante ocho años, entre los nueve y los diecisiete, en ese estudio de Sevilla, que era entonces prácticamente la capital del mundo, hizo de él un verdadero letrado, un erudito en comparación con la mayor parte de los conquistadores que llegaron a estas tierras.

La mayor parte de los conquistadores eran totalmente iletrados, y no sólo los soldados sino los jefes. Dicen que, capturado por la banda de Francisco Pizarro, el inca Atahualpa advirtió que ellos miraban ciertos objetos y repetían unas cosas que parecían ver en ellos. No conseguía entender qué era eso de la escritura. Pero un día de su cautiverio le pidió a un soldado que le escribiera el nombre de Dios en las uñas: el soldado debió de escribir las cuatro letras de la palabra Dios sobre las cuatro uñas del inca. Y Atahualpa miraba los signos y se los mostraba a los soldados. Cada vez que los soldados llegaban a visitarlo en la habitación donde estaba preso, mientras su pueblo iba llenando la cámara con oro para pagar su rescate (porque ese secuestro, el primero documentado en la historia de nuestro continente, costó una fortuna, el tesoro más grande que obtuvieron los conquistadores en estas tierras lo pagaron los incas por el rescate de Atahualpa y, claro, también se cumplió en esa ocasión algo que sigue ocurriendo: que los secuestradores después de cobrar el rescate matan a la víctima), Atahualpa les mostraba las uñas a los hombres que entraban a su habitación y todos decían “Dios”, “Dios”. El inca no salía del asombro de que a partir de esos signos escritos en sus uñas todos terminaran pronunciando la misma palabra, y un día se animó a mostrárselos al propio capitán de las tropas, el marqués Francisco Pizarro. Pizarro no reaccionó como los otros y fue por ese camino ingenioso como Atahualpa descubrió que Pizarro sabía menos que muchos de sus hombres.

Eran muy pocos los conquistadores que tenían algún conocimiento de las letras, alguna formación académica, pero este muchacho Juan de Castellanos a los diecisiete años había leído a los clásicos, había leído poemas antiguos en latín, había leído algunos autores griegos traducidos, había leído, porque era andaluz, algunas obras de los grandes autores árabes de ese reino, y un día decidió viajar a las Indias. Llegó en 1539 a Puerto Rico y en 1540 andaba por Bonaire y Curazao. Esto lo han reconstruido los estudiosos mirando las crónicas que Juan de Castellanos escribió. Él no habla casi nunca de sí mismo pero a veces

consigna en la extensión de sus poemas la mención de alguna cosa que él hizo. Cuando está describiendo las islas de Aruba, Bonaire y Curazao dice:

Haciendo yo por estas islas vía,  
Sería por el año de cuarenta

entonces los estudiosos anotan “en 1540 andaba por Bonaire y por Curazao”. Después dice que estaba en 1542 en la isla de Cubagua, al lado de Margarita, ante las costas de Venezuela, y fue uno de los que vieron llegar un extraño barco de hombres tuertos. En realidad no era un barco de hombres tuertos, pero como casualmente los tres primeros hombres que bajaron del barco eran tuertos, esa curiosa coincidencia hizo que se regara la leyenda de que había llegado un barco de hombres tuertos, y después no les quitó nadie de la cabeza aquella historia.

Castellanos fue testigo de cómo bajaban del barco esos tuertos: el capitán Francisco de Orellana, uno de sus marinos y el padre Fray Gaspar de Carvajal, que había perdido el ojo en el viaje por un flechazo indio. Y ellos le contaron que acababan de recorrer el río más grande del mundo y la selva que lo rodea: venían de descubrir el Amazonas.

Después Castellanos participó en las granjerías de perlas de Cubagua. Margarita y Cubagua eran los grandes centros de explotación de ostiales de la región en esa época, y sus perlas se volvieron famosas en toda Europa. El mercado de perlas fue tan grande que agotaron los ostiales en muy poco tiempo, pero al ritmo de esa explotación creció una ciudad grande, con fortalezas, una ciudad con catedral en ese islote árido. Volando sobre la isla Margarita uno puede ver el islote reseco lleno de cardos donde no queda nada ahora, pero hubo allí una gran ciudad hace cinco siglos: Nueva Cádiz, la ciudad de las perlas.

De allí salían las perlas que adornarían después los cuellos y las manos de las señoritas de Augsburgo y de Toledo. Allí Juan de Castellanos era mercader de perlas cuando llegó la gran tempestad de 1543, que no solo inundó sino que destruyó para siempre a Nueva Cádiz. Una de las primeras ciudades construidas en tiempos de la conquista y una de las primeras ciudades destruidas por la inclemencia de la naturaleza.

Algunos habitantes consiguieron huir. Castellanos hizo una descripción fabulosa en sus versos de lo que fue la destrucción de Nueva Cádiz:

El mar mucho más alto que la tierra

dice. Y la aniquilación fue tal que todos huyeron, primero a Margarita, después Castellanos llegó, para no salir nunca más, al territorio de lo que hoy es Colombia: llegó al Cabo de la Vela, adonde se había trasladado la explotación de las perlas, y que llegó a ser también una ciudad importante en la primera mitad del siglo XVI: Nuestra Señora de los Remedios del Cabo de la Vela.

Es ciertamente asombroso visitar esos sitios hoy. Uno llega al Cabo de la Vela, o a la ciudad de Portobelo, o a Nombre de Dios en Panamá y encuentra en unos golfos luminosos unas aldeas de población muy reducida. Parece increíble que hace cinco siglos estaban allí las grandes ciudades de la época: pueblos de bergantines, de galeras y de galeones llenaban sus aguas; miles de mercaderes vivían de las perlas y de las distintas riquezas de esas regiones. Y resulta extraño sentir que eso que fue tan grande hace cinco siglos sea hoy unos pueblos abandonados, en medio, eso sí, del esplendor de la naturaleza.

Castellanos estuvo en Nuestra Señora de los Remedios del Cabo de la Vela, en Manaure, en Riohacha, y después llegó a Santa Marta, que había sido fundada por Bastidas y que después estuvo bajo el mando de don Pedro Fernández de Lugo. Participó en la fundación de Tamalameque, cuyos barrancos fueron asediados por la plaga de los tigres en aquellos tiempos. Y en la Sierra Nevada de Santa Marta se encontró con Pedro de Ursúa, que libraba allí su guerra contra los Tayronas, allá en el año de 1552. Llegó a ser gran amigo de Ursúa, lo acompañó a Santafé, y después en su fuga cuando Ursúa, acusado de crímenes contra los indios, tuvo que perderse y refugiarse en Pamplona, la ciudad que había fundado en el país de los chitareros. Después Castellanos acompañó a Ursúa por el Magdalena, mirando furtivamente sobre la estela del río para ver si aparecían atrás los barcos del capitán Luis Lancho que venían a prenderlos. Y después de Santa Marta habría seguido a Ursúa en su aventura loca por el Amazonas, y seguramente habría muerto en esa aventura, como murió Ursúa, si no lo hubiera salvado la literatura: porque al llegar a Santa Marta recibió un envío de su madre

desde la lejana aldea de Alanís en Sevilla, con unos documentos que él le había solicitado para conseguir lo que verdaderamente quería Juan de Castellanos, que era retirarse de su vida de aventuras, de sus negocios de perlas y de sus guerras contra los indios, retirarse de esa vida de viajero y aventurero, de soldado y descubridor, y volverse clérigo.

Pero Castellanos no quería ser clérigo porque fuera especialmente piadoso, aunque lo era, sino porque necesitaba contar lo que había visto. Como tenía los instrumentos, como sabía escribir, como había leído a los clásicos y tenía una formación literaria básica: quería contar todo lo que había visto. Conocía a los grandes personajes de la época, a Pedro de Heredia, a Lugo, a Gonzalo Jiménez de Quesada. Había conocido a algunos de los conquistadores alemanes que avanzaron desde Coro por las selvas de Maracaibo, había conocido a Gonzalo Fernández de Oviedo en Santo Domingo y, por supuesto, había recibido de Oviedo la lección, tan importante para ellos, de que ya no había que escribir en latín de que ahora había que escribir en las lenguas vulgares, había que escribir en el castellano de la época.

Estaba listo para convertirse en un cronista, y quería serlo. Entonces dejó que Ursúa se fuera con su locura al Amazonas, se quedó en Santa Marta y se hizo clérigo. Se requería muy poco para ser clérigo en esos tiempos: conocer los misterios, haber leído los libros bíblicos, demostrar –eso era lo más importante– que se tenía la sangre limpia de moros y de judíos, y demostrar que se tenía voz bien timbrada para los cantos religiosos. Así que él logró cumplir esos requisitos. Fue tesorero de la catedral de Cartagena, fue párroco de Riohacha, fue párroco de Tamalameque, y en algún momento, por allá en 1560, llegó a Tunja, donde poco después para su fortuna murió el beneficiado, el párroco de la catedral. Y Juan de Castellanos se convirtió en beneficiado de la catedral de Tunja.

En ese momento concluye la primera mitad de su vida: tiene cuarenta años y ha vivido todas las aventuras que podía vivir un hombre de su tiempo. Una infancia en Sevilla, la Nueva York de la época, llena de leyendas, aventuras, traficantes. Un viaje por el mar, una cantidad de viajes por las islas, la destrucción de una ciudad por un maremoto, la cacería de perlas, el tráfico de perlas. Había sobrevivido al ataque de un tigre yendo solo una vez desde Santa Marta hasta Riohacha. No imaginamos lo que habrá sido irse solo a caballo desde Santa

Marta hasta Riohacha en la primera mitad del siglo XVI. Sobrevivió a eso, estuvo a punto de ahogarse en un río, como el capitán Palomino que le dio su nombre al río que lo ahogó, y tenía tantas cosas por contar que no veía la hora de tener una mesa, una silla, unos muros que lo protegieran, un monte de papel y un mar de tinta para ponerse a contar todas las cosas que había visto.

Y pronto tomó una resolución un poco suicida, y es que decidió que no iba hacer una crónica a la manera de Bernal Díaz del Castillo o de las crónicas de Oviedo, o de las crónicas de Cieza de León, un muchacho que andaba por esos tiempos con Jorge Robledo por el cañón del Cauca, que empezó a escribir en Cartago y terminó de escribir en Lima una crónica que es uno de los más importantes libros sobre la conquista de América.

Castellanos quería escribir un poema. Pensó que la realidad del nuevo mundo era digna de la poesía, y esa sí era una decisión temeraria en aquellos tiempos, porque los que llegaban miraban estas tierras como un mundo de segunda categoría, unas orillas perdidas de las que se podía esperar mucho oro y muchas perlas, pero a las que parecía excesivo concederles la mirada de la poesía, la dignidad del canto, de la celebración, mirarlas con maravilla y con asombro. Y Juan de Castellanos tomó la decisión de escribir ese poema.

La tradición española, la poesía española hasta entonces se hacía fundamentalmente en metro octosílabo. Escribir en octosílabos era lo verdaderamente ortodoxo:

Yo me estaba reposando  
anoche como solía,  
soñaba con mis amores  
que en mis brazos se dormía.  
Vi entrar señora tan blanca  
muy más que la nieve fría.  
“¿Por dónde has entrado, amor?,  
¿Por dónde has entrado, vida?”.  
Cerradas están las puertas  
ventanas y celosías.  
“No soy el amor, amante,  
La muerte, que Dios te envía”.

El octosílabo era la medida de la época, la forma musical de la poesía española. Ya era bella la poesía de aquel tiempo, y el español era una lengua muy madura: estaba en vísperas de escribir *El Quijote*, la novela fundadora de la Modernidad.

Un día, el embajador Navagiero, embajador de Venecia en España, le dijo a un joven: “Ustedes los españoles que aman la poesía ¿por qué no intentan escribir al modo itálico?” Los italianos ya versificaban en endecasílabos, la *Divina Comedia* de Dante había sido escrita en sublimes versos de once sílabas y música espléndida.

Nel mezzo del cammin di nostra vita  
mi ritrovai per una selva oscura,  
ché la diritta via era smarrita.  
Ahi quanto a dir qual era è cosa dura  
esta selva selvaggia e aspra e forte  
che nel pensier rinova la paura!

“¿Por qué no escriben en endecasílabos? En castellano podrían sonar muy bien”. El muchacho, que se llamaba Juan Boscán, decidió intentarlo, habló con un amigo suyo: Garcilaso de la Vega y lo convenció de que empezaron a escribir en endecasílabos. De esa conversación de Navagiero con Juan Boscán se diría que nació el Siglo de Oro español. Endecasílabos, alejandrinos, tercetos a la manera de Dante, sonetos a la manera de Petrarca, y octavas reales a la manera de Ludovico Ariosto dieron comienzo a la gran edad de la poesía española.

Juan de Castellanos ya había emprendido su viaje a las Indias cuando ocurrió aquello. Él se había embarcado en 1539, en ese año ya hay testimonio de que estaba en Puerto Rico, y sólo en 1543, cuando ya habían muerto Boscán y Garcilaso, se publicaron por primera vez sus obras y comenzó en español el auge del modo itálico. No sabemos cómo Castellanos se enteró aquí, en estas tierras, entre tigres y navegaciones, en medio de sus combates con los indígenas, de sus diálogos con Pedro de Ursúa, de sus guerras, conflictos y asombros, tuvo tiempo de enterarse de que había nacido el endecasílabo castellano, y decidió escribir en versos endecasílabos y en octavas reales a la manera de Ludovico Ariosto, y

empezó a escribir su obra en esa forma.

No era pequeño su propósito. Quería escribir todo desde el comienzo, desde cuando Colón zarpó de Palos de Moguer, pero tenía un claro impedimento, una limitación: estaba amonestado por el tiempo. Haber superado los cuarenta años, era tener una edad muy avanzada para aquel tiempo. Hoy nos conviene pensar que no es así, pero en aquellos tiempos cuarenta y cinco años eran una edad avanzada, tener cincuenta era ya la ancianidad. El emperador Carlos V murió en la mayor decrepitud a los 58 años, a pesar de contar con mejores condiciones que el resto de las gentes. Pero imaginemos lo que sería de un hombre que llevaba 20 ó 25 años en guerras de conquista, enfrentado a los insectos y las fatigas, a las enfermedades y los climas, dedicado a recorrer caminos no trazados y a huir de los tigres hambrientos. Tenía que sentir que estaba ya

Más cercano a la fosa que a la fusa

como dice León de Greiff. Por eso empezó su poema *Elegías de varones ilustres de Indias* con unos versos que hoy nos desconciertan:

A Cantos elegíacos levanto  
con débiles acentos voz anciana

Sentía que iba a tener muy poco tiempo para contar las historias de las Indias, pero tenía tanto que contar que se apresuró a escribir sus octavas reales. Tenía una facilidad extraordinaria para la versificación, una gran capacidad de armar octavas reales que le nació como por instinto, una capacidad extraordinaria de rimar. Y quería contarlo todo, todo lo que había vivido, todo lo que sabía. Contó los viajes de Colón uno tras otro en sus Elegías, contó la conquista de Puerto Rico por Juan Ponce de León, contó la conquista de Jamaica por Garay, contó la conquista de Trinidad por Ortal y Sedeño, contó el avance de los conquistadores alemanes financiados por los Welser y los Fugger de Alemania, las campañas por Venezuela de Ambrosio Alfinger, de Felipe de Hutten, de Nicolás de Federmán, de George Spira, contó el avance de Pedro de Heredia por el Sinú, contó el avance de Gonzalo Jiménez de Quesada por el Río Magdalena y la

conquista del reino de los muiscas de la Sabana, contó los avances de Sebastián de Belalcázar por el sur, contó el avance de Badillo, el avance de Robledo por el cañón del Cauca, el descubrimiento de Antioquia, el descubrimiento del Chocó, la aventura de Hernán Pérez de Quesada por el pie de monte junto a los llanos del Orinoco desde Santafé hasta Mocoa, contó los ataques de los primeros piratas franceses, de los primeros piratas ingleses, contó la aventura de Orellana descubriendo el Amazonas, contó la aventura de Pedro de Ursúa y de repente vio que llevaba más de treinta años escribiendo, que había escrito el poema más extenso de la lengua castellana, y no solamente había contado las aventuras de estos guerreros sino cómo eran los pueblos indígenas, cómo eran sus mitos y sus costumbres, cómo eran las selvas y los ríos, los insectos, los tigres y los caimanes, cómo era el clima, cómo eran las costumbres nativas, sus lenguas y sus rituales, sus nombres y sus indumentarias, los poporos y las hamacas.

Se había enfrentado muy temprano a uno de los problemas más difíciles de su época; nosotros no alcanzamos a imaginar cuan difícil era, aunque todavía lo padecemos: la lengua castellana, esa lengua tan madura, tan rica y tan expresiva en la que el Marqués de Santillana había compuesto aquellos versos tan dulces:

Moça tan fermosa  
 non vi en la frontera  
 como una vaquera  
 de la Finojosa,  
 Haciendo la vía  
 Del calatragveño  
 A Santa María  
 Vencido del sueño  
 Por tierra fragosa  
 Perdí la carrera  
 Do vi la vaquera  
 De la Finojosa

Esta lengua en la que Juan de La Encina había escrito aquellos versos tan conmovedores sobre el enamorado, la novia y la muerte, esa lengua en la que pronto Quevedo, Góngora y Lope de Vega escribirían sus sonetos maravillosos,

y en la que los místicos españoles estaban tocando el cielo con cantos sublimes, esta lengua tan expresiva y tan rica enmudecía ante América, porque no tenía palabras para nombrar nada de lo que era específicamente americano: ni los árboles, ni los climas, ni los animales, ni los pueblos nativos, ni sus costumbres, ni sus nombres, nada de eso se podía nombrar en castellano.

Y Juan de Castellanos, un hombre del Renacimiento, un hombre de mente amplia y gran hospitalidad de la imaginación, tomó prestadas palabras de las lenguas indígenas del Caribe y de los Andes para llamar todo aquello que no tenía nombre en castellano. Y escribió poporo, canoa, huracán, tiburón, anaconda, jaguar, caney, hamaca, bohío, yarumo, gualanday, es más: rimó con palabras indígenas los ilustres vocablos de la lengua española, hija de Grecia y de Roma, y ensambló de esa manera inédita sus versos, y trabajó en ellos sin descanso, casi sin tener quien los leyera. Consiguió enviar el manuscrito de su primer volumen a España, que fue publicado en la imprenta de la Corte. Quedan algunos ejemplares de ese primer volumen en las bibliotecas, y es bello hojear ese librito de 1589, el primer volumen de versos de esta historia americana contada con toda minuciosidad por Juan de Castellanos.

Los otros tres volúmenes se quedaron en su escritorio pues ya desde entonces, a pesar de que estas tierras formaban parte del imperio, era muy difícil hacer que los publicaran tan lejos. Pues Castellanos nunca volvió a España, Castellanos, que había vivido en España sólo diecisiete años, vivió setenta en América, y se convirtió en el primer poeta americano. Digo el primer poeta americano a pesar de que quien tiene la fama de haberlo sido fue Alonso de Ercilla, que estuvo tres años en Chile, y después volvió a España, donde publicó su famoso poema *La Araucana*, un poema extraordinario, que Castellanos alcanzó a conocer y que influyó mucho en la decisión de Castellanos de emprender su obra. Pero el poema de Ercilla tiene una gran diferencia con el poema de Castellanos. Ercilla era un hombre de la Corte, había sido paje de Felipe II, y no pretendía hacer un poema americano: quería inspirarse en hechos americanos, ya que había vivido tres años presenciando en la conquista del Arauco, pero procuró hacer un poema al gusto de los europeos de la Corte. Por eso en *La Araucana* hay muy pocas palabras de las lenguas indígenas. Ercilla sabía que era un riesgo muy grande para un poeta utilizar palabras que no iban a reconocer los que tenían que leer y

valorar el poema en Europa, así que hizo un poema europeo inspirado en aventuras americanas.

Juan de Castellanos tenía otro propósito: quería hacer un poema americano, quería nombrar el mundo americano, y nombrarlo minuciosamente. Se había enamorado de este mundo, se había dejado conquistar por él, y es frecuente en la historia ese romance, llamémoslo así, del conquistador conquistado.

Juan de Castellanos fue un conquistador conquistado. Lo conquistó el mundo americano, y por eso decidió cantarlo: no sólo contarlos sino celebrarlos. Hay que ver con qué gusto, con qué deleite, nombra las frutas: las guanábanas, los caimitos, los anones; con qué deleite del nombrar y del rimar habla de las piñas, de su aroma y de la aspereza de su nacimiento:

Piñas que hinchen bien entrambas manos,  
Con olor más suave que de nardos,  
Y el nacimiento dellas es en cardos.

Con qué gusto nombra las palmas y los yarumos, los peces de los ríos y los chigüiros de los montes, con cuánto amor nombra este mundo americano. Pero claro, su poema llegó a España y en España nadie entendió nada. Estaba lleno de términos que nadie entendía, y era demasiado temprano para que se pudiera leer el poema de Juan de Castellanos en España.

Pero no sólo era temprano en el siglo XVI, también era temprano en el siglo XIX; y para saberlo basta leer a Marcelino Menéndez y Pelayo, el polígrafo, el gran erudito y crítico literario español de la segunda mitad del siglo XIX (y hay que reconocerle a don Marcelino que leyó completas las *Elegías de varones ilustres de Indias*: el poema más extenso de la lengua española, eso ya es un mérito). Porque don Marcelino era un académico y los académicos tienen ciertas limitaciones. Una de ellas la voy a decir con palabras de Borges: Borges leyó alguna vez esa antología de la poesía que se llama *Los cien mejores poemas en lengua española* que hizo precisamente Marcelino Menéndez y Pelayo, y dijo: “No hay antología cronológica que no empiece bien y no acabe mal: porque los primeros poemas los ha compilado el tiempo, y los últimos el doctor Marcelino Menéndez y Pelayo”. Los primeros poemas son maravillosos, son indudables, porque los ha

seleccionado el tiempo, es decir, la humanidad, el gusto de las generaciones, los últimos casi siempre son malísimos, porque son escogidos por el gusto provisional de una época, por el dudoso gusto de un compilador. Don Marcelino leyó las *Elegías* y escribió sobre ellas un texto importante y valioso. Era inagotable la fecundidad de Castellanos para construir endecasílabos, las octavas reales estaban magníficamente construidas, los versos estaban bien acentuados, el relato era vívido, Castellanos era un gran contador de historias pero –siempre hay un pero en estos casos y este iba a ser muy grande– Castellanos había llenado su poema de palabras bárbaras y exóticas que afeaban la sonoridad clásica de la lengua castellana, de modo que en realidad no había hecho un poema sino un engendro monstruoso.

Y ese juicio monstruoso de don Marcelino Menéndez y Pelayo, era el juicio de una cultura que había sido capaz de conquistar un mundo, que había sido capaz de verlo, que incluso había sido capaz de encontrar unas culturas, de valorarlas y de celebrarlas, pero que no estaba intelectualmente a la altura de su propia hazaña, y finalmente no era capaz de reconocerse en sus propias obras. Esa actitud era solamente un costado del alma española, porque el alma española fue muy compleja. Castellanos era español y tuvo esa grandeza de mirada, esa sensibilidad extraordinaria, que las tuvieron también muchos otros españoles de aquel tiempo, pero desafortunadamente quienes tuvieron que valorar el poema en España lo consideraron sólo un engendro monstruoso, sobre todo porque estaba lleno de palabras incomprensibles, América estaba para ser dominada pero no para ser comprendida, y las palabras incomprensibles eran casi siempre los nombres de esos indígenas que habían dejado sus vidas en las lanzas de España. Porque Castellanos se permitió llamar a cada indio muerto por su nombre y a los conquistadores les era más fácil matar a los indios que pronunciar sus nombres.

Y no digo estas cosas como una censura al pasado sino como una censura al presente, porque entre nosotros, americanos, después de la conquista los indios no volvieron a tener nombre propio, perdieron individuación. “¿Quién hizo eso? Un indio”. “¿Quién es ese? Un indio”. Y con los hijos de África ocurrió lo mismo: dejaron de ser individuos. Para Castellanos no, Castellanos era un hombre civilizado: él siempre los llamó por su nombre. Él decía Carex, Anacaona,

Guaramental, Guayacamo, Coanabo, Yuldama. Él llamó por su nombre a todos los indígenas que habían muerto atravesados por las lanzas españolas, pero eso fue un crimen para la crítica española, desde la perspectiva en que la consideraba don Marcelino. Pero lo verdaderamente grave no es que Marcelino Menéndez y Pelayo desde tan lejos no hubiera podido valorar el poema: porque en últimas tiene la justificación de que vivía en un mundo en el que no hay canoas, ni ceibas, ni bohíos, ni iguanas, ni anacondas, tiene razón de sentirse extraño leyendo ese poema y de sentir que eso no es castellano desde la perspectiva de lo que él considera su lengua. Pero ¿cómo nombrar América sin nombrar los seres y las cosas de América? Lo raro es que los lectores de don Marcelino estas tierras americanas, donde sí había caimanes y canoas, donde sí había bohíos e iguanas, donde sí hay huracanes y anacondas, donde no se pueden nombrar esas cosas sino con las palabras indígenas, las palabras originales de todo eso, hayan creído más en la sentencia del juez español que en la belleza del poema americano, y hayan perpetuado la valoración o la desvalorización que del poema hizo el polígrafo.

No voy a citar nombres porque no quiero aquí infamar a nadie, pero a lo largo del siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX la leyenda de que Juan de Castellanos era un poeta mediocre y un poeta ilegible y un poeta sin mayor importancia cundió sólo por esos prejuicios del colonialismo. Le ha tocado esperar mucho tiempo a Juan de Castellanos, le ha tocado esperar cuatro siglos para que empiece a valorarse su obra, para que se lo mencione siquiera como un autor importante, pero la verdad es que Juan de Castellanos es el fundador de la poesía en por lo menos siete u ocho naciones de América Latina. Todavía no lo sabemos lo suficiente, a pesar de que fue aquí donde escribió toda su obra, y por eso es tan importante reconocerlo y valorarlo, por eso es tan importante recordarlo cuando ya se han cumplido cuatro siglos de su muerte, en una época que le es adversa por muchas razones.

La humanidad casi no lee poemas ahora, y si los lee, por lo menos casi no lee octavas reales del siglo XVI. En su tiempo Castellanos no fue leído por prejuicios culturales, pero ya en el siglo XX se fue dejando de leer a Ariosto, se fueron dejando de leer muchos libros clásicos porque estaban escritos en verso, y ésta no es una época muy propicia para que se lea a Castellanos. Hasta Ítalo Calvino, de

una manera que no sé si deba ser celebrada, viendo que sus italianos ya leían poco a Ariosto, decidió hacer una versión en prosa del *Orlando Furioso*. Repito que no sé si sea una buena decisión.

Más de treinta y cinco años estuvo Juan de Castellanos haciendo su poema. Hizo muchas otras cosas: era el beneficiado de la catedral de Tunja. Al lado de esa catedral, cuya construcción fue dirigida por él, está la casa de Gonzalo Suárez Rendón, fundador de la ciudad, y en el extremo de la misma manzana, hacia abajo, está la casa de Castellanos. También en el marco de la plaza de Villa de Leyva está la casa donde Juan de Castellanos vivió tantos años y donde escribió tantos versos. Fue el animador de las tertulias literarias de Tunja, la ciudad literaria de la época; fue el alma de la cultura de esa ciudad durante mucho tiempo, y allí murió al comenzar el siglo siguiente, dejando esos libros que ya se temía que nadie llegaría a conocer jamás. Pero de todas maneras tuvieron lectores. En mi libro sobre Juan de Castellanos, *Las auroras de sangre*, traté de hacer un rastreo en detalle no solamente de su vida, sino del contenido de su obra; y una valoración de sus versos en términos estéticos, decir por qué me parece una gran poesía la poesía de Juan de Castellanos, por qué era tan importante que él hiciera ese poema, por qué no podíamos permitir que una historia tan descomunal, tan maravillosa, tan asombrosa y tan irrepitable como la historia de la conquista de América no hubiera dejado una huella en la poesía.

Yo me preguntaba de niño cómo era posible que una historia tan desmesurada, tan rica, tan copiosa, que significó el traslado de pueblos enteros, la muerte de dioses y de mitologías, la transformación de razas y de pueblos enteros no hubiera dejado una huella en la poesía. Y cuando me encontré con la obra de Juan de Castellanos comprendí que en ningún lugar del continente esa historia había sido tan minuciosamente salvada por la poesía. En ciertas cosas la historia no se equivoca: un hecho como ese tenía que perdurar en la poesía y afortunadamente perduró.

Otro de los críticos de Juan de Castellanos censuró lo descomunal del poema. Era demasiado grande, demasiado extenso, demasiado minucioso. Es como si un solo hombre se hubiera puesto a construir El Escorial. Recuerdo que en 1998, cuando estaba terminando de escribir mi libro sobre Juan de Castellanos, fui invitado a dictar unas conferencias en los cursos de verano del Escorial, y me

hospedé en un hotel que queda arriba del palacio. Yo veía por mi ventana las torres del Escorial entre los árboles, mientras corregía mi ensayo sobre Juan de Castellanos. Y un día fui solo hasta la gran fortaleza, le di una vuelta completa a aquella abrumadora mole de piedra, diciéndome: “que increíble sería que esto lo hubiera hecho un solo hombre, sería una de las grandes hazañas de la humanidad, y en realidad un poema como *Las Elegías de varones ilustres de Indias*, por su substancia y por su importancia cultural, es algo tan grande como este palacio, y la verdad es que lo hizo un solo hombre”. No sé si lo dije en voz alta o si apenas lo pensé, pero yo sé que le dije al Escorial, así fuera en mi mente, que aquí en América un ser humano había hecho con la historia, con el dolor y con la maravilla de una época tremenda, un monumento tan perdurable como ése de rigor y de piedra.

Juan de Castellanos le había sido fiel a su lengua, le había sido fiel a su época, había construido un monumento asombroso a una época irrepetible, y para quienes le reprochaban que hubiera sido tan minucioso, que hubiera contado las cosas con tanto detalle, que se hubiera detenido en el modo como queda impresa la dentellada del caimán en el flanco de la canoa, que se hubiera detenido en cuánto medía la serpiente que mataron los hombres de Pedro de Aranda, o en cómo el tamaño de la cabeza de esa serpiente era tan grande como la cabeza de una vaca, todas esas precisiones y detalles que tantos le censuraron como minuciosidad innecesaria, tuve de pronto una respuesta. Esa prolijidad encontró para mí un sentido cuando leía la obra del gran historiador inglés Eliot, quien dijo que la conquista de América fue un hecho tan asombroso, tan nuevo y tan irrepetible, que en esos tiempos sólo era sensato el que quería contarlos todo, porque eran hechos que no se iban a repetir jamás.

Entonces sentí que había una virtud adicional en Juan de Castellanos, que esa minuciosidad que otros le censuraban era una virtud más de ese poema interminable, de ese poema maravilloso. *Las Elegías de varones ilustres de Indias* fueron publicadas por la Presidencia de la República de Colombia en 1955, bajo el gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla, por primera vez completas en cuatro tomos, y fueron reeditadas en Colombia, en un solo volumen, hacia 1999, por Gerardo Rivas, en una edición que todavía se consigue. Existe también el proyecto de publicarlas en una edición de la Biblioteca Ayacucho de Venezuela, y

ojalá ocurra pronto.

Juan de Castellanos tuvo que esperar hasta el siglo XX para ser publicado y creo que hasta el siglo XXI para ser apreciado, pero bueno, de todas maneras como decía el gobernante chino, tal vez es aún temprano para saber todo lo que fue la conquista de América, aún estamos a tiempo de descubrirlo, y después de conocer una obra como la de Juan de Castellanos uno solo puede repetir con gratitud los versos de Homero:

Los dioses labran desdichas  
para que las generaciones humanas no les falte que cantar.